

INSTITUTO CARO Y CUERVO

**SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

HOGUERAS

GIUSSEPE RAMÍREZ

BOGOTÁ

2020

INSTITUTO CARO Y CUERVO

**SEMINARIO ANDRÉS BELLO
MAESTRÍA EN ESCRITURA CREATIVA**

HOGUERAS

GIUSSEPE RAMÍREZ

**Trabajo de grado para optar al título de Maestro en Escritura
Creativa**

GLORIA SUSANA ESQUIVEL GONZÁLEZ

BOGOTÁ

2020

CARTA DE AUTORIZACIÓN DE LOS AUTORES PARA LA CONSULTA Y PUBLICACIÓN ELECTRÓNICA DEL TEXTO COMPLETO

Bogotá, D.C., 8 de junio de 2020

Señores
BIBLIOTECA JOSÉ MANUEL RIVAS SACCONI
Ciudad

Estimados Señores:

Yo, *Christian Giuseppe Ramírez Angulo*, identificado con C.C. No. 1144144073, autor del trabajo de grado titulado *Hogueras*, presentado en el año de 2020 como requisito para optar el título de MAESTRO EN ESCRITURA CREATIVA; autorizo a la Biblioteca José Manuel Rivas Sacconi del Instituto Caro y Cuervo para que con fines académicos:

- *Ponga el contenido de este trabajo a disposición de los usuarios en la biblioteca digital Palabra, así como en redes de información del país y del exterior, con las cuales tenga convenio el Seminario Andrés Bello y el Instituto Caro Y Cuervo.*
- *Permita la consulta a los usuarios interesados en el contenido de este trabajo, para todos los usos que tengan finalidad académica, ya sea formato impreso, CD-ROM o digital desde Internet.*
- *Muestre al mundo la producción intelectual de los egresados de las Maestrías del Instituto Caro y Cuervo.*
- *Todos los usos, que tengan finalidad académica; de manera especial la divulgación a través de redes de información académica.*

*De conformidad con lo establecido en el artículo 30 de la Ley 23 de 1982 y el artículo 11 de la Decisión Andina 351 de 1993, “**Los derechos morales sobre el trabajo son propiedad de los autores**”, los cuales son irrenunciables, imprescriptibles, inembargables e inalienables. Atendiendo lo anterior, siempre que se consulte la obra, mediante cita bibliográfica se debe dar crédito al trabajo y a su (s) autor (es).*

Christian Ramírez Angulo

C.C.:1144144073

Firma y documento de identidad

DESCRIPCIÓN TRABAJO DE GRADO

AUTOR O AUTORES

Apellidos	Nombres
Ramírez Angulo	Christian Giussepe

DIRECTORA

Apellidos	Nombres
Esquivel González	Gloria Susana

TRABAJO PARA OPTAR POR EL TÍTULO DE: *Maestro en escritura creativa*

TÍTULO DEL TRABAJO: *Hogueras*

SUBTÍTULO _____ DEL TRABAJO: _____

NOMBRE DEL PROGRAMA ACADÉMICO: *Maestría en Escritura creativa*

CIUDAD: BOGOTÁ AÑO DE PRESENTACIÓN DEL TRABAJO: 2020

NÚMERO DE PÁGINAS: 90

TIPO DE ILUSTRACIONES: Ilustraciones ___ Mapas ___ Retratos ___ Tablas, gráficos y diagramas ___ Planos ___ Láminas ___ Fotografías ___

MATERIAL ANEXO (Vídeo, audio, multimedia):

Duración del audiovisual: _____ Minutos.

Número de casetes de vídeo: _____ Formato: ¾ ___ Mini DV ___ DV Cam ___ DVC Pro ___ Vídeo 8 ___

Hi 8 ___ Otro. Cual? _____

Sistema: Americano NTSC _____ Europeo PAL _____ SECAM _____

Número de casetes de audio: _____

Número de archivos dentro del CD (En caso de incluirse un CD-ROM diferente al trabajo de grado: _____)

PREMIO O DISTINCIÓN (En caso de ser Laureadas o tener una mención especial):

DESCRIPTORES O PALABRAS CLAVES: Son los términos que definen los temas que identifican el contenido. (En caso de duda para designar estos descriptores, se recomienda consultar a la dirección de biblioteca en el correo electrónico biblioteca@caroycuervo.gov.co):

ESPAÑOL	INGLES
Cuento	
Distopía	
Caña de azúcar	
Sincretismo	
Calima	
Sacrificio	

RESUMEN DEL CONTENIDO Español (máximo 250 palabras):

El presente trabajo reúne cuatro cuentos de variada significación. Cada uno de ellos es deudor de la tradición clásica del género. Plantean situaciones de tensión donde los personajes se deben enfrentar a escenarios opresores o que les impiden comunicarse o expresar sus emociones de maneras determinadas. En Hogueras, un viajero se detiene en un bar de carretera y un viejo, el último habitante negro de la zona, le narra la misteriosa historia de la desaparición de los corteros de caña. La edad del silencio plantea el enigma de una infidelidad entre una pareja con diferencias sociales que se traducen en el lenguaje tan distinto en ambos. Cebras galopan en mi cabeza narra el viaje trascendental de una mujer hacia una tienda en medio de un contexto autoritario y opresivo. Fondo del lago es el recuento de las últimas horas del año Calima en un pueblo siniestro mientras Boris, un joven que acaba de fracasar en su intento por ayudar a su padre a sacrificar un pavo, recorre un condominio cuya arquitectura es la amalgama de varios estilos y la reunión de diversas tradiciones religiosas, en un sincretismo que tiene su icono en la Virgen sin rostro que corona el último rincón del condominio.

RESUMEN DEL CONTENIDO Inglés (máximo 250 palabras):

The present project holds together four short stories of varied significance. Each one of them belongs to the tradition of the classic genre. They establish tense situations where characters are faced with oppression scenarios or that do not allow them to communicate or express their emotions. In Hogueras, a traveler stops in a highway bar where an old man, the last Black man of the zone, narrates the mysterious story of the missing of sugar cane cutters. La edad del silencio approaches the enigma of infidelity between a couple with social differences which translates in their languages that differ as well. Cebras galopan en mi cabeza narrates the transcendental journey of a woman to a store in an authoritarian and oppressive context. Fondo del lago recalls the last hours of the Calima year in a sinister village while Boris, a young man that has just failed in his attempt to help his father sacrifice a turkey, wonders around a residential complex which its architecture is the amalgam of different styles and the reunion of various religious traditions, in a syncretism that has its icon in the no face Virgin located in the last corner of the place.

Índice

I. Introducción	8
II. Cuentos	14
Hogueras	14
La edad del silencio	24
Cebras galopan en mi cabeza	30
Fondo del lago	39
III. Referencias	48

I. Introducción

Lo primero que me asalta al escribir estas consideraciones es si tal intermediación produzca en los textos un efecto amplificador —ojalá en armonía con eso que se narra— o si, por el contrario, representará un mal necesario meramente instrumental, donde la propia discursividad de ese mal termine por deformar el efecto estético que persiguen los propios textos. Lo que más temo es que la exposición que sigue se perciba como una justificación *ad hoc*, ideologizante, que no guarda relación alguna con los textos, mucho más cuando esa intermediación es producida por el propio autor. En todo caso, considero que la mediación crítica del autor solo es posible tras abandonar los textos pues, inmerso todavía en ellos, no es posible alcanzar la distancia crítica necesaria para despojar dicha intermediación de las simpatías que el autor siente por ellos. Dicho esto, consciente de la predisposición hacia lo que uno mismo ha escrito, es preciso manifestar que la exposición seguirá la forma de unas ideas sobre el alcance sociológico de los cuentos presentados y, posteriormente, se centrará en las decisiones estéticas para la escritura de cada uno.

Consideraciones sociológicas

Los cuentos reunidos en este trabajo están atravesados por un cuestionamiento simple pero no exento de dificultades a la hora de resolverlo: ¿Qué es la masculinidad? ¿Cómo se construye? Apelando a la honestidad creativa, debería decir que dichas preguntas no fueron el punto de

partida para la escritura de cada uno. Fueron escritos independientemente, en temporadas distintas, sin la premisa de una unidad temática (tan demandada hoy en el mercado editorial a la hora de presentar un conjunto de textos inscritos en algún género breve). Sin embargo, al revisarlos, me saltó a la vista que en cada uno se establecía, de alguna manera, la tensión subyacente a la masculinidad. La justificación de este hecho, podríamos decir, se halla en la circunstancia de que durante ciertas épocas de la vida me asaltaron ciertas preguntas que no llegaron a ser formuladas explícitamente y que no sospeché que impregnarían mis proyectos de ficción. No mentiría si digo que desde hacía varios años estas cuestiones, alrededor de mi propia identidad masculina, se me planteaba de maneras tangenciales.

Tampoco sería descabellado decir que detrás de la pregunta, o las preguntas, alrededor de la masculinidad subyace un viejo temor: el de ser visto como lo contrario. Es decir, como un sujeto femenino. Y a su vez, en la tensión de la construcción de una identidad masculina, las contrariedades que puede suponer la mera expresión del deseo.

Las contrariedades de la expresión del deseo masculino pueden ser las somatizaciones del temor arcaico a no ser visto como un “verdadero hombre”. Las reacciones exageradas y dramáticas que llega a tener un varón al ser asociado con cualidades femeninas no se alejan en absoluto de lo que Bordieu (2000) ya había declarado —al hablar sobre una novela de Virginia Woolf— sobre la desesperación y la tragedia de ser un hombre. A decir verdad, sobre la ridiculez que implica el esfuerzo por *ser un hombre*.

Un escritor varón debe aceptar que en él existen aspectos femeninos por el solo hecho de intentar dedicarse a un arte como la escritura y que, más allá de esa performatividad o enmascaramiento que supone la escritura, esos rasgos también pueden estar presentes en su personalidad. Es decir, que esos rasgos femeninos se configuran tanto en las etapas previas a la escritura como durante la escritura. Esto puede representar una angustia al ser visto como un

sujeto desprovisto de cualidades masculinas. En esa paradoja se plantea, creo yo, la tensión de la identidad masculina. Por un lado el hecho de saberse femenino en alguna proporción, y, por el otro, no querer ser visto de tal modo. Aún hoy, ciertas cualidades asociadas comúnmente a lo femenino se usan (o se toman) con una carga peyorativa —incluso cuando el emisor no las carga deliberadamente de este modo— para referirse al varón, lo que demuestra la vigencia de ese viejo temor y la dificultad para superar esa etapa infantil.

Puestos a establecer puntos de contacto entre la teoría de género y la literatura, sería válido decir que el tratamiento de las tensiones subyacentes a la masculinidad no es una novedad en la producción literaria, pues, como siempre, la literatura llega a los temas antes que las ciencias sociales. Respecto al desmoronamiento y sucesiva dificultad para establecer la esencia masculina, Badinter (1993) ya advertía sobre el mayor interés de los novelistas respecto a los científicos sociales:

Si los investigadores franceses siguen siendo discretos sobre estos temas, los novelistas, por su parte, son conscientes de su vigencia, y manifiestan con palabras sencillas su desconcierto. En *Lentdehors*, que cuenta la historia de un hombre desde la infancia hasta su madurez, el héroe constata: «Durante largos años me imaginé que la mujer era un misterio absoluto. Hoy es a mí mismo, en cuanto hombre, a quien no consigo comprender... Creo que puedo llegar a comprender para qué sirve una mujer, pero un hombre, finalmente, ¿para qué puede servir? ¿Qué significa: soy un hombre?». Para P. Djian, el hombre es el gran desconocido. Anda sin brújula. (p. 20).

Si esto es así, si apenas desde el siglo pasado se empezó a reflexionar sobre la fragilidad de la identidad masculina como señala la propia Badinter (1993) a propósito del interés científico sobre la masculinidad, si antes de los 70's existía un consenso sobre lo que la constituía, pero

que ante su impugnación surgió un vacío definitorio, entonces también podría decirse que en la literatura existe una tradición en torno a esta reflexión.

De esta manera, la masculinidad sería el principal tema que atraviesa la mayoría de los cuentos pero no el único. Asociado a la masculinidad, se aborda el asunto del abuso del alcohol (*Fondo del lago*). En ellos también aparece, sin llegar a usar del todo los elementos del género, la premisa del espíritu gótico según la cual el espacio, así como las estructuras sociales y familiares, operan de manera determinante sobre los personajes (Goicochea, 2018). (Esto se puede ver en *Fondo del lago*). En *Hogueras* la masculinidad no se aborda en la figura de un hombre genérico sino en la de un hombre negro. Este cuento plantea consideraciones sobre los mitos alrededor del cuerpo negro y su función productiva dentro de una sociedad. *Cebras galopan en mi cabeza* es el único cuento donde una mujer es la protagonista. Su principal tema es la forma como un cuerpo femenino habita un entorno autoritario. *La edad del silencio* plantea la tensión que se produce por las diferencias de clase social en una pareja.

Decisiones estéticas

Hogueras

La primera idea del cuento surgió a partir de la canción *Plantación adentro* (Fania Records, 2015), interpretada por Rubén Blades y compuesta por Tite Curet Alonso. En la canción se refieren los vejámenes a los que estuvieron expuestos los indígenas que trabajaban en las plantaciones en América Latina durante el siglo XVIII. La canción pone sobre la mesa la cuestión de cómo se articulan los cuerpos en determinados modelos económicos. En la actualidad muchas personas sufren condiciones de trabajo similares a las narradas en la canción. Basta pensar en los corteros de caña del Valle del Cauca. En algunas zonas de Colombia y del

mundo persisten modelos económicos esclavistas. Luego de esta primera idea, me encontré con *Bajo tierra*, el cuento de Samanta Schweblin (2017), donde un viajero pasa por un pueblo minero y un minero le refiere a su vez una historia de terror sobre la desaparición de un niño. A partir de este cuento estructuré el encuentro entre un viajero y un viejo habitante de una zona de plantaciones de caña que le refiere la historia de la masiva desaparición de corteros de caña, aunque sin el elemento de terror del cuento de Schweblin. *Hogueras* está escrito más bien en clave de distopía, una distopía que es ya presente. Además de tomar el elemento del encuentro entre el viajero y el viejo habitante, también usé la figura del barman como un intermediario entre ellos dos, llegando incluso a tomar íntegramente líneas de diálogo del cuento de Schweblin. Como insumo documental usé la crónica de Alzate (2017), *Humaredas en Sopinga*, que narra los enfrentamientos entre los corteros de caña del valle de Risaralda y el Escuadrón Móvil Anti Disturbios (ESMAD), por las exigencias de los primeros para que se mejoraran sus condiciones laborales, y las condiciones de esclavitud para los trabajadores de los ingenios en pleno S. XXI. Con estos tres insumos armé un cuento donde se narra, a partir del encuentro entre un viajero y el último habitante negro de una zona cañera, las formas en que los cuerpos son aniquilados cuando no sirven más al aparato productivo, o al menos cuando los cuerpos vivos ya no son útiles y la muerte se perfila como una mejor forma de aprovechamiento de los cuerpos. Como recurso estilístico está el uso continuo de los puntos suspensivos en las líneas del diálogo del personaje negro. Es una forma de presentar la dificultad que supone para determinados sujetos articular un discurso. Y a través del recurso de los paréntesis, se da cuenta del proceso asociativo que muchas veces siguen las personas para dar con la palabra precisa.

La edad del silencio

En este relato la tensión se da entre el lenguaje básico de señas y gestos y el lenguaje hablado. Durante gran parte de la trama los personajes mantienen el silencio. *Él*, ante las preguntas de *ella*, se limita a usar un lenguaje viejo, el lenguaje que él cree usaban los humanos en la edad del silencio, un lenguaje silente cuyos códigos son la relación del cuerpo con el espacio y con el mismo cuerpo (tocarse partes del cuerpo, señalar espacios lejanos). Los lenguajes verbal y no verbal se utilizan para expresar rasgos de clase.

Cebras galopan en mi cabeza

Aquí la construcción del espacio se centra en el entorno urbano. La ciudad, desolada y vigilada al mismo tiempo, es la fiel representación del autoritarismo. Un autoritarismo ensañado, en mayor medida, con el cuerpo femenino. El cuento busca que, a través del uso del presente continuo, la fatalidad del entorno se haga más patente. Esa consciencia de las sombras, las montañas, las aves y los hombres que vigilan singularizan el viaje corto pero trascendental de la protagonista.

Fondo del lago

El mayor énfasis del cuento se halla en la descripción del animal en los momentos previos a su muerte. Lo siniestro se revela desde la posibilidad de que un animal, tras su muerte, pueda poseer a un ser humano. Este rasgo siniestro se complementa con la imagen sincrética de la virgen sin rostro, a cuya observación el protagonista se aferra como forma de deshacerse de la mirada del pavo. Lo siniestro borra lo siniestro. Sin embargo, el milagro que busca el protagonista jamás se produce. Las descripciones de las imágenes del pavo y el ternero muerto buscan elevar el sacrificio meramente utilitario y gastronómico al lugar del sacrificio ritual.

II. Cuentos

Hogueras¹

*Claro, si después de una tunda e´palo
que te mueras es normal.*

Tite Curet Alonso

Aún debo recorrer varios kilómetros para llegar a la frontera. Por lo pronto me distraigo en detalles vanos. Las plumillas rechinan al remover los grumos de ceniza acumulados en el parabrisas. A pesar de los cuarenta grados, que registra como una sentencia el tablero del carro, debo llevar las ventanas arriba y, como si perteneciera a una raza peligrosa, una máscara de filtro 2097 p100 según las estrictas normas ambientales. Desde aquí adentro, o desde cualquier lugar aquí abajo, las dos cordilleras que rodean estas tierras son imposibles de ver, pues una nube dulce y gris ahoga el valle.

Tengo tanta sed que la lengua empieza a dormírseme. La muevo constantemente bajo la máscara para cerciorarme de que no esté paralizada y que aún podré articular alguna palabra. La estiro, la endurezco, la paso por los labios, la llevo atrás del paladar, intento tocarme la nariz

¹ Este cuento está basado en *Bajo tierra*, cuento de Samanta Schweblin

pero termino por tocar el plástico de la máscara. No es solo la lengua la que se doblega bajo el tedio de la carretera, es todo el cuerpo, toda neurona. Necesito un aguardiente bien frío para despabilarme, o un guarapo. Antes la gente se preocupaba por estas cosas, si beber o conducir, o si envalentonarse al combinar, contrario a la recomendación de los comerciales de las instituciones de tránsito. Pero ahora podemos ir completamente ebrios al volante de nuestros vehículos autónomos viendo las líneas de la carretera o el paisaje, aunque también, si lo preferimos, podemos tomar el volante y desviarnos de la ruta. En todo caso, en los alrededores no encontraré mucho más, dado que las opciones de bebidas se han limitado solo a variantes de la caña según el proceso. Los parlantes botan una antigua canción: *Busca por dentro / que hay una fuente inagotable de agua fresca*. Veo a mi padre cantarla, cantar otras más movidas, mientras me muestra frente al espejo de la sala los primeros pasos de baile: lo hace para aflojarme el cuerpo y enseñarme a conquistar sin necesidad de la lengua. Escucho también su conteo en series de cuatro, de cinco, lo escucho marcar los cambios (cha cha chá, cha cha chá, vuelta), me muestra la postura adecuada y la firmeza de la mano para tomar la espalda de la pareja. Me acomodo en el asiento, hago un leve movimiento de los hombros y la espalda para sacudirme la molicie. Pero es inútil. La carretera se extiende recta y ya no recuerdo hace cuántos kilómetros vi a alguien por última vez. Los ojos se me apagan. El camino es monótono. A los lados, una estepa verde, endémica. Solo unos aerogeneradores, cada tanto, aparecen en el paisaje. La misma escena se repite desde donde vengo: plantación adentro, contingentes de Corteros, cada Cortero del tamaño de un hombre, siempre en mangualas de veinte como corresponde por cada hectárea, trozan los tallos con coordinación coreográfica. Al estar en lo alto, sus pacoras relucientes reflejan el sol como un tendido de paneles sobre un desierto. Avanzan en desfile militar por los campos, en recorridos calculados y programados previamente, y sus ruedas diseñadas para terrenos difíciles aran con rapidez las hectáreas

tumbadas. Ahora, dicen los industrialistas apasionadamente en los cocteles y las catas de aguardiente, la producción no se para nunca por culpa de los negros. Entonces ríen y se frotan las manos.

En la tarde estarán encendidas otra vez las hogueras para facilitar el corte de mañana.

A trescientos metros del Guachal veo el primer bar en kilómetros. Tomo el volante y me desvío por el camino de grava.

Dentro solo están el barman, que junta un montón de ceniza en un recogedor metálico, y un hombre viejo que tiene apoyada la cabeza contra la barra, a cuyo lado descansa una pala. Ambos llevan también, no puede ser de otra manera, máscaras con filtro. En una esquina del local un trapiche negruzco chorrea bagazo sobre un galón de plástico.

Pido un aguardiente bien frío. Me cercioro de dejar en claro “frío”, como si en el tono pudiera leerse alguna temperatura precisa.

Una pequeña planta eléctrica alimenta una vieja nevera que tiene dibujado a los costados un papá Noel que bebe en medio de una nieve que, desde aquí, parece derretida.

El barman se acerca cojeando.

—Son diez mil pesos—dice.

Pago y me conecta el chupo de aguardiente a la máscara. Bebo con rapidez. El viejo parece dormido.

—Por un aguardiente le cuentan la historia —comenta el barman mirando al viejo.

El viejo levanta la cara de la barra y me mira con ojos rojos y gastados. En lo que alcanzo a ver de su rostro noto una quemadura que le envuelve la frente y parece bajarle hasta no sé dónde. Espero que diga algo o al menos se presente. En cambio guarda silencio.

—Vamos, hermano —dice el cojo—, el abuelo es el único sobreviviente de la zona —y abarca con la mano derecha, de la que cuelga un trapo rojo, un área imaginaria.

Digo que sí. Al viejo parece dibujársele una sonrisa, e imagino que es una sonrisa mueca en el centro, y amarilla en los largos colmillos gruesos. Pongo otro billete de diez mil sobre la mesa y en menos de diez segundos el viejo tiene conectado un chupo a su máscara.

—Vea, joven, a mí se me escapan las palabras, me toca andar detrás de ellas. Usted no sabe la alegría que me da cuando... cuando... doy con la palabra... (¿cómo es que se dice?) —el viejo se agarra la frente y después acaricia el mango de la pala— eso, in...indicada, así sea después de un año, porque pasa: un año buscando una sola palabra, o toda la vida sin encontrarla, como la gente de por aquí, a veces aparecen, a veces no. Y eso que jugué ajedrez. Sí, yo era un negro que jugaba ajedrez, imagínese, pero no podía jugar todo el día, había que buscar para comer, cortar la caña, y ya no me quedó tiempo para mover las fichas. Le aclaro esto porque a la gente le aterra que un negro de estos... lares, eso, lares, un negro de manos grandes sepa jugar ajedrez, porque piensan, pensaban, pues, que las manos del negro eran buenas solo para cortar caña, no para mover...—el viejo observa el fondo del estante donde se acomodan los chupos— (esta es complicada, comienza por t, sinónimo de pieza)...

—Trebejos.

—...Ujum. Eso, trebejos, bonita palabra, que lo que servía del negro era el cuerpo, nada más. En todo caso sufro con las palabras, con no tenerlas. Entonces le pido paciencia si no... si no... remato rápido la frase. Pero venga le digo una cosa, el aguardiente sí me aumenta la... la... parla, para que vea. ¡Eso!, me aumenta la parla, que para estos... e... (cine)...efectos es un sustituto de la memoria. Téngalo en cuenta. Lo curioso es que la...am...(lo que le da a los viejos)...amnesia, sí, solo me afecta la...z...z...zona del lenguaje, porque los hechos los recuerdo...(el todo)...íntegramente, por ejemplo la primera vez que le gané a mi padre una partida fue con una escalerilla de torre y reina, ¿me sigue? A mí las cosas no se me olvidan, las

que se me olvidan son las palabras. O no es que se me olviden, sino que me cuesta ar... (juntarlas)... ar... ticularlas, eso que quede claro.

—Claro —digo. El cojo limpia los chupos del mostrador. Evidentemente ha escuchado la historia infinidad de veces.

—La depuración se intensificó con la aprobación de la ley de... (umm... aquí patino siempre, es una palabra que la ley puso de moda).

— ¿Qué ley?

Me quedo esperando. El viejo no dice nada más. Recuerdo un par de leyes de esa época, pero dudo si de verdad son de esa época. Ha habido innumerables leyes desde entonces. Pido otros dos aguardientes al cojo.

—Este es mi motor —dice alegremente el viejo acomodándose el elástico de la máscara y vaciando su chupo.

Yo también vació mi chupo y espero que continúe.

—La ley de compostaje.

»Esto pasó en toda la ribera del río que atraviesa el valle. Un día nos dijeron que esperaríamos en la casa hasta que la tierra pe... lechara. Claro, sin paga. Durante la espera jugábamos afuera, todo el día, y esperábamos noticias. Pero esta espera, nuestra espera, había empezado después del paro. Porque después de lo que pasó con Maelo nosotros volvimos a trabajar, o quisimos volver, por miedo, pero la tierra ya no... daba. Después de la muerte de Maelo la tierra se... pas... pas... pasmó. Maelo era hijo de esclavo y no le daba pena decirlo. Maelo era inmenso, le gustaba hacer bromas, tomar el café bien negro y mirar el... horizonte con una mirada rara. Encaraba a los patrones, les decía: “Por esa plata no trabajamos”. A nosotros nos decía: “Muchachos, hay que parar” y nosotros parábamos porque él sabía cómo... presionar, en qué momento... sa... bo... tear, sabotear un corte. Maelo estaba fichado por los industrialistas. Esa

vez paramos porque llevábamos seis meses sin descansar un día y nos descontaban descaradamente los dominicales. Instalaron lámparas para extender la jor...jor...nada hasta bien entrada la noche: dieciséis horas tumbando caña. En el valle casi todo se había detenido; las... chimeneas y las hogueras diarias se habían apagado. El aire estaba limpio.

»Fue a la madrugada. Teníamos el campamento montado afuera del ingenio. Antes de acostarnos fumamos y caminamos por los alrededores. A las cuatro y media, cuando todos dormíamos, nos despertaron los... es...es...es...truenos. Varios corrimos hacia los cañaduzales buscando el río. Mientras corríamos solo se escuchaban deto...naciones, llamados y silbidos: “Fiu fiu. Fiufiu Fiufiu. Negros, salgan que no les vamos a hacer nada. Negritos, dejen el miedo. Negritos,... acérquense, nosotros no mordemos, díganos dónde está Maelo”. Toda la zona fue... ba...ba...rrida por los... es...esssss...(lo que es como cuadrado)...cuadrones. Eso, escuadrones —el viejo se detiene un momento y me pide disculpas por su dificultad para hablar. Yo he decidido dejar de completarle las frases, me parece una especie de irrespeto con el viejo, que tanto esfuerzo hace. No me impaciento, espero a que halle las palabras—. O eso pensaron. Desde mi escondite escuché movimiento. Maelo corría —convencido de que alcanzaba a escaparse— aunque ya lo tenían a mano, con la camiseta hecha... ji...ji...rones y la cara reventada. Del ojo izquierdo le... (Como sale el agua)...le... brotaba sangre. Lo seguía un escuadrón y una tanqueta. Primero le dieron patadas y después culatazos. Yo intentaba mantenerme muy quieto, no toser a pesar de los gases. Los je...je...nes me picaban por todas partes pero yo no podía matarlos. Lo levantaron, lo pusieron de espaldas a ellos y... (como pasa el tiempo) —el viejo se rasca el lado derecho de la cabeza cuando le cuesta encontrar la palabra— transcurrieron unos minutos hasta que dispararon. Durante esos minutos previos, Maelo escupió a la tierra —un hilo púrpura— dibujó una figura con el pie derecho, movió los labios, blanqueó los ojos, y en ese mismo instante quiso... girar y mirarlos de frente, pero no lo

dejaron porque justo... sol...sol... soltaron la descarga. Tuve que quedarme quieto entre el cañaduzal mientras abrían un hoyo y al rato lanzaban el cuerpo de Maelo, y esperar hasta la tarde para salir de mi escondite. Cuando lo hice, tenía el cuerpo lleno de ronchas.

Con la uña del índice el hombre traza algo sobre la barra.

—Después de ese día, la mujer de Maelo dijo que en la casa había escuchado... ru...ruidos que venían del suelo. Nadie prestó mucha atención, estábamos... preocupados por nosotros.

»Los industrialistas creyeron que con esto se solucionaba el asunto. Pero el problema ya no éramos nosotros, sino, como le dije, la tierra, que estaba... pasmada. Entonces intentaron con todo, con casi todo para... (dar vida)... fertilizarla. Iniciaron con algunas reses. Después, el cien por ciento de las reses se compostaba, todos los animales se compostaban. Eso ya era normal, sin necesidad de ley. Lo que servía para compostar de la basura se compostaba. Y la tierra seguía sin dar y los industrialistas empezaban a perder la...la...pa... paciencia. Esa gente no puede ver la producción parada porque les da...(como un mareo)...ver...(como todo dando vueltas)...ver...(como el próximo paso borroso)... vértigo y se indisponen. En esa época mantenían de mal genio porque tenían que comprarles azúcar carísima a los ...socialistas. Hasta que hubo unos muertos que nadie reclamó y... (el tubo)...(lo que hay en un salón blanco)... ensayaron con eso. En realidad fue un... (la bata blanca)... (fór...fórmulas, números)...científico negro, calcule, un negro consentido de los industrialistas al que habían mandado a estudiar afuera con la... con...con...condición de que volviera a hacerles los mandados en el...(el salón blanco)... laboratorio. Fue el único negro de por acá que estudió afuera. Yo a ese negro lo mandé a comer mierda una vez que lo vi comiendo... (hielo de colores)... cho...cholado en la plaza. ¡Negro vendido, comé mierda!, le grité. Al negro, azarado, se le cayó un pedazo de hielo rojo en los zapatos, unos zapaticos blancos, y yo me le reí duro. Unos niños que jugaban con un balón cerca de donde estábamos también se... e...echaron a

reír. Eso fue antes de que...mi...(moverse)...mi...(salir)...migrara, pero él siempre anduvo con los industrialistas para arriba y para abajo, «Qué necesita doctor, venga yo le hago esa vuelta», decía el negro. Cuando lo veíamos solo, nosotros nos... despachábamos contra ese negro. En todo caso el negro les hizo volver el alma al cuerpo a los industrialistas. El... esa vaina... umm... ex...ex...experimento con los muertos dio resultado, la tierra volvió a dar. Volvimos a mochar caña. Fue la época en que bajé más... toneladas, hasta doce por día, porque me tocaba, tenía deudas desde lo del...parate. Entonces debía trabajar el doble: para comer y para pagar las deudas. Yo parecía un... z...(apocalipsis)...z...(Haití)...zo...zombi, dele que dele, baje caña, vlee pacora, multiplique el...el...tonelaje por el precio, reste los...fiados. Yo hacía cuentas bajo el sol.

»Pero como le decía, el científico al que le cayó cholado en los zapaticos blancos hizo el experimento con los muertos y le salió bien. Y los industrialistas no cabían de la... dicha. Un muerto daba para una hectárea,... comprobaron, y esta gente tenía un montón de tierra, todo lo que uno alcanzaba a ver, todo lo que uno recorría. Luego el problema fue la falta de muertos, o de muertos sin... (como pedir algo)... reclamar, porque muertos había, siempre hubo en esta zona, hartos, pero la mayoría de los muertos tenían familia, y la familia no dejaba compostarlos porque lo consideraba un irrespeto, una especie de...(contra lo sagrado)...sa...(sangre)...sa...(un al...altar)... sacrilegio.

El viejo vuelve a detenerse. El cojo me mira. Hago la señal de dos con los dedos.

—Entonces los industrialistas presionaron por la ley de compostaje. «Los muertos ya no les pertenecen a las familias sino al... a...aparato... productivo», decía la ley, «Todos debemos contribuir al progreso». La ley de compostaje solo cobijaba a los que no tenían... (mandar sobre algo)...(lo que es de uno)...pro...(lo que es de uno pero sobre lo que mandan otros)... propiedades o un terrenito para que los enterraran, en eso era clara. Como puede... (pensar

antes)... suponer, los negros eran los que no tenían tierra, ni un metro para caer muertos, a pesar de que eran los que la trabajaban.

»La tierra fue llenándose de protuberancias. A las familias solo les quedó poner una cruz de palo en un... (una montaña pequeñita)... mon...(un bonsái de tierra)...montículo al azar y con...(hacer de cuenta)...con...con...convencerse de que ahí estaba su muerto.

»Al tiempo empezaron a importar Corteros de Indonesia. Poco a poco pres...(dejar de)...pres...prescindieron de nuestro trabajo. Cuando despedían a un compañero no volvíamos a verlo por el pueblo, desaparecía. *Si el negro ya no sirve para cortar caña, sirve para...* (el germen)... (para fecundar)... (para dar de comer a la tierra)...*cultivo*, decían los rumores.

»Al ver esto, muchos intentaron... (correr)... huir, pero solo podían llegar hasta la frontera. Los negros necesitábamos... permisos especiales para salir del país. Entonces, los que agarraron coraje, tuvieron que internarse en la selva. Los que se quedaron hicieron crecer todo esto que hay afuera.

Aquí el viejo se detiene. Agacha la cabeza y clava sus ojos en la barra. Inmediatamente pido otros dos aguardientes.

—Y usted, ¿por qué sigue acá? —pregunto.

El viejo se rasca el brazo.

—Porque tengo... mala sangre.

—No entiendo.

El viejo me mira de mala gana.

—El científico negro no me perdonó lo del cholado. Ya puede imaginarse a lo que me... me... refiero. En todo caso no me gusta hablar de ese... asunto.

No termino de entender pero prefiero dejar de preguntar.

—¿Sale? —pregunta el viejo mientras me mira con sus ojos enrojecidos y opacos. Agarra la pala.

Afuera sigue flotando ceniza.

Le pregunto si puedo llevarlo a alguna parte.

—No. Gracias de todas formas.

—¿Vive cerca?

—Trabajo —dice y señala plantación adentro.

—¿Qué hace si ya no corta caña?

El viejo duda, mira el campo y finalmente dice.

—Soy compostero.

Se interna en la plantación adyacente y se echa la pala al hombro. Poco a poco su cuerpo es tragado por los cogollos de la caña.

Al subir al carro activo el modo autónomo. Siento la cabeza liviana. Programo la ruta hacia la frontera. Reclino el asiento. Acostado, mientras el carro sale del camino de grava hacia la carretera, veo las primeras hogueras encenderse. Las humaredas suben hasta la punta de los aerogeneradores, allí donde sus aspas las esparcen por todo el valle.

La edad del silencio

Ella miró las escaleras que iniciaban en la plaza de toros, atravesaban el parque y finalizaban en la próxima calle. Al ver lo inclinado de la pendiente sintió tedio, ganas de devolverse a holgazanear, tirarse en la cama y quedarse mirando la televisión. Recordó las mañanas de los fines de semana en las cuales, a pesar de ser una niña, su padre la despertaba con agua o cosquillas en los pies, antes de las cinco, para subir los cerros que rodeaban la ciudad. Conocía todas las cumbres aledañas, la altitud de cada una, los atajos y cada cosa que podía divisarse desde ellas. Estaba harta de las cimas.

En un tramo de las escaleras, casi en el centro del parque, había una estatua de Copérnico — que él había confundido la primera vez, cuando recién había llegado a la ciudad, con la de una antigua señora de aquel barrio, quizás una ciudadana ilustre de pelo hasta los hombros—. Para animarla a subir, él le dijo que podían parar a descansar por un momento en el círculo de ladrillos que rodeaba a la estatua y tomar aire bajo los árboles. Además describió detalladamente el plato —los colores, las texturas, el contraste de sabores entre las salsas y los mariscos— que comerían si no tardaban tanto, es decir si llegaban antes de que las oleadas de turistas y la gente del norte acabaran con todo.

Al llegar al Copérnico se detuvieron —medía más de tres metros—. Lou, como siempre, lo seguía a cuatro pasos. Desde donde estaban sentados inclinaron sus cabezas hacia atrás para tener verdadera dimensión de la estatua. Así le había enseñado ella a mirar las cosas altas, porque al mirarlas de frente sus dimensiones se distorsionaban, se empequeñecían por una ilusión óptica

de la perspectiva, le dijo con dolor de cuello la primera vez mientras miraban la estatua de un santo.

Pasados tres minutos continuaron. Antes de levantarse, realizaron movimientos circulares con el cuello para quitarse el dolor. Lo estiraron hacia los cerros y después hacia donde caería el sol. En medio de la rutina de estiramientos, el cuello de ella emitió un fuerte crujido, como si se desnucara. Varias personas que estaban sentadas a pocos metros, entre ellas una mujer de pelo azul acompañada de un bulldog gris, la miraron con preocupación. Él dijo que la yuca estaba crocante y se rieron.

Metros más adelante pasaron al frente de una tienda de té, en donde habían terminado por primera vez. Se miraron pero no hicieron ningún comentario. Él recordó la extraña sensación en el estómago minutos antes de que ella tomara la decisión, después de que él se confesara. Se parecía al vacío que había sentido hacía un rato, antes de salir de la casa, pero ese día la violencia del remordimiento había sido menor. Lo de hacía un rato, en la casa, había sido más salvaje, como algo con más pelos. Apuró el paso para dejar de pensar y no echar a perder el almuerzo, sin darse cuenta de que ella se había rezagado, quizás contemplando las bolsitas que tanto le gustaban, o revisitando los detalles de aquella vez. Ella tendía a reconstruir las escenas de los momentos de crisis de la relación con una precisión que la hacían retomar detalles que a él se le escapaban o que simplemente no le interesaba recordar.

El clima no se ajustaba a lo que le acababa de pasar antes de salir de casa, pensaba él. En un día de nubes cargadas, su estado de crispación y de nervios tendría más sentido. Combinaría a la perfección. Pero semejante crisis nerviosa se oponía a un día soleado; se sentía como una aberración. Los motivos existían, claro, pero tuvo fe —como en su infancia— en que el sol lo curaría de algún modo y alejaría los recuerdos de la noche anterior. En todo caso, en medio de un día hermoso, había sufrido un ataque de pánico —en realidad un ataque de culpa— que lo

obligó a tirarse al suelo para respirar con menor dificultad, o al menos para sentir su cuerpo contra algo y así ahuyentar la sensación de vacío. Aunque ella estaba ahí, fue incapaz de pedirle un abrazo. Tampoco Lou, que lo miraba a cuatro pasos, se acercó a lamerlo. Había intentado llorar pero su cuerpo solo se permitió fugaces ataques de llanto seco que no duraron más de cinco segundos. Tenía la sospecha de que si lloraba por largo rato, la cosa peluda que se formaba en su estómago se extinguiría. Ella, con voz suave, intentó tranquilizarlo con palabras de sosiego y ejercicios de respiración, pero a él le parecía que en aquellas situaciones ella se volvía arrogante, como si sintiera una especie de irritación o no soportara verlo así, la imagen de la debilidad personificada en un tipo que le sacaba dos cabezas. Pero no solo fueron palabras tranquilizadoras las que ella pronunció en el momento, también fue una especie de interrogatorio para saber por qué le pasaba lo que le pasaba. Preguntas para desentrañar un misterio que se manifestaba en la forma de un hombre revolcándose como una babosa a la que le han arrojado sal, abrazado a un piso de madera sin pulir. Un presentimiento le decía a ella que había una historia secreta, que debía existir alguna explicación para semejante angustia, porque era extraño que alguien entrara en tal estado de nervios después de estar a punto de tener sexo con su novia. Porque fue justo en el momento en el que ella le iba a quitar la camisa cuando él se tiró al piso y empezó a revolcarse y a respirar como si todo se comprimiera dentro de su cuerpo. De alguna manera él se sentía comprimido, como una especie de lulo magullado, negro y podrido, que nadie va a comer y al que solo le queda pudrirse en el rincón húmedo y mohoso de algún mercado.

Con esa sensación de lulo abandonado, se dispuso a atravesar la calle. Como era domingo, casi no transitaban autos. Al llegar al último escalón de la inmensa escalera, el sol empezó a brillar de lleno sobre cada cosa por fuera del perímetro del parque. Él tomó a Lou para pasar al otro lado. Atravesaron la calle con los ojos achinados por el cambio de luz tan brusco. Desde el

otro lado, con las manos sobre la frente, miraron el gran manto verde que cubría todo el tramo por donde acababan de subir. Ella tomó un respiro antes de seguir por la acera. Para llegar a la plaza aún debían andar trescientos metros.

Alrededor del parque, además de la plaza de toros, se levantaban edificios de apartamentos con arquitectura emblemática. Generalmente él caminaba por esa zona mirándolos, abstraído por aquella arquitectura circular, por los balcones salientes de cada uno de los veinte pisos. Al verlos, la sensación en el estómago se esfumó. Lo ilusionaba vivir allí.

Había pasado una tarde entera mirando fotos de los apartamentos en venta, o de personas que vivían en esos apartamentos. Eran fotos de desconocidos que saludaban desde aquellos balcones. Esa vez había encontrado fotos excelentes, con un encuadre que de por sí solo hacía aumentar el precio, pues lograba mostrar la belleza visible desde allí. Su preferida era una desde donde se veía, como una inmensa arepa de choclo, el ruedo de la plaza de toros sin toros.

Antes de llegar a la plaza de mercado, él le señaló con el índice el edificio que casi estaba encima de la plaza de toros, el de la foto, y le dijo que quería vivir allí algún día. Pero ella, sin prestar atención a lo que decía, le bajó la mano con brusquedad. Le dijo que dejara de señalar, que era de mala educación. Pasaba cada vez que él señalaba algo o alguien en la calle. Ella detestaba ese gesto. A él le daba rabia que le bajara la mano, que le dijera, con tono de institutriz, que señalar era un gesto feo, como si pretendiera domesticarlo o sofisticarlo. Pensaba que entre tantos edificios era difícil señalar uno en específico solo con palabras. Apuntar con el índice era un acto más del lenguaje, había insistido él en ocasiones pasadas, pero esa tarde no volvió a repetir los mismos argumentos. Guardó silencio. Entonces, como acto de venganza, se limitó a escupir todo lo que alcanzó a acumular en su garganta en aquellos segundos. Ella le lanzó una mirada de asco. Pareció que ahora sí lo veía como una babosa bajo el tormento de la sal.

La tensión se instaló entre los dos durante el resto del camino. Él se arrepintió de haberla invitado a comer, así fuera para que a él le pasara la crisis. Quería quedarse solo. Ya estaba bien, pero no fue capaz de echarla. Siguieron caminando en silencio hacia la plaza.

La plaza no estaba tan llena como él imaginaba. Lou lo seguía a los cuatro pasos acostumbrados. Él avanzó rápidamente entre las mesas y los puestos de comida. Llegó primero que ella al restaurante de siempre. Pidió arroz con camarones y vegetales. Ella, jalando aire por la boca, llegó un minuto después. Pidió lo mismo. Cada uno juntó las manos sobre la mesa, sin tocarse ni mirarse. Mientras les servían, él se puso a pensar sobre el lenguaje de señas de los primeros humanos. Recordó, mientras desde la cocina salía el olor de mariscos salteados, unos grabados descubiertos en la pared de una cueva en Marruecos que daban cuenta de la Edad del silencio. Entre los setenta y nueve gestos hallados, había uno que fue interpretado como «Ahora veo que hice mal enamorándome de ti». Entonces se llevó el dedo medio a la nariz para rascársela.

Los platos, inmensos, llegaron a su mesa. Era un arroz amarillo manchado de salsa roja en el centro. Alrededor, sobre el borde del plato, reposaban bolitas de aguacate, perfectamente redondas como bolas de helado de limón, salpicadas por una salsa verde donde flotaban semillas de lulo.

Ambos se pusieron a comer sin decir nada, concentrados en el plato, en los movimientos del tenedor y en el tono que surgía al mezclar la salsa roja y los jugos del lulo y del aguacate.

De regreso a la casa, atravesaron el parque de nuevo. Para iniciar el descenso por las escaleras tuvieron que rodear un árbol de ramas altas y tupidas que no les permitió ver, antes de terminar el rodeo, al hombre que, escondido tras un árbol, les apuntaba con el dedo. A él le dio risa, pero ella se llevó las manos al pecho como para detener la bala.

Apenas llegaron a la casa él entró al baño. Ella seguía pensando en lo que él aún no le decía. Entonces, mientras él estaba adentro, buscó en el primer cajón de la mesa de noche el único condón que debía quedar del paquete que habían comprado juntos antes de que ella se fuera de viaje—era la clase de mujer que lleva la cuenta de los condones—, pero no lo halló. Buscó en el segundo cajón, desordenó los papelitos y las pastillas. Lanzó al suelo los lapiceros guardados en el tercer cajón. Y siguió sin hallar nada.

Sostenía un condón invisible entre los dedos cuando le preguntó con quién lo había usado. Él quiso olvidar lo de la noche anterior, pero cada detalle lo atormentaba: cómo había rasgado el empaque, cómo lo había desenvuelto, cómo se lo había puesto, el esfuerzo para penetrar, la sensación de asco, sacarlo casi inmediatamente del orificio donde lo había metido al comprobar que definitivamente no le gustaba, pensar un segundo después que debía inventar alguna mentira para justificar la ausencia del preservativo, o reemplazarlo por uno nuevo y, sobre todo, caer en cuenta que no podía contarle nada de esto a nadie, mucho menos a ella. Él solo atinó a señalarle su billetera con el índice para que lo buscara allí. Y allí lo encontró. Lou los miró a ambos y se echó en un rincón.

Cebras galopan en mi cabeza

Hasta ayer la única instrucción era hacer la compra en la misma tienda todos los días, pero variando la ruta y el horario, con cuidado de pisar las hojas secas desprendidas por los algarrobos y los arrayanes.

Para llevar a cabo la acción, para completarla, debía armarme de una paciencia firme que no hiciera saltar chispas antes de tiempo. La Jefa me llamaba y me decía, siempre desde un número distinto y a veces con indicativos de otro país, que me calmara y que fuera paciente.

Una vez pregunté si este sería un acto de martirio.

La jefa dijo que eso dependía de la logística y de cómo se desenvolvían las cosas; de la voluntad del enemigo. No lo descartaba.

Apenas hace un rato, frente a frente, la Jefa me ha dado el O.K. Hoy, después de todos estos días aguardando la señal, sentada en la misma posición cansada, leyendo periódicos durante horas mientras intentaba controlar la ansiedad con cigarrillos y chicles, vuelvo a preguntarme quién soy, si lo que hago servirá de algo, si mi acción cambiará en algo la historia aunque sea un simple canje.

La Jefa dijo que sí, que mi acción se precisa. Que hoy acaba la espera y me miró con firmeza los ojos irritados. Que vaya, fue lo último que dijo antes de levantarse.

Acaba de irse de la casa, no podía quedarse mucho tiempo.

En la mesita de centro hay una taza con ripio de café en el fondo, un cuenco amarillo con inscripciones indígenas, lleno de monedas —acuñadas hace dos años pero convertidas en piezas

de museo por mano de la inflación—, inscripciones de insectos y de ranas formadas sobre todo por líneas rectas, y un cenicero que contiene un par de cigarrillos que aún echan humo.

Un metro más allá, cerca de la ventana, Celia está tumbada sobre la colcha de sol, que se proyecta a través de las rejas de la ventana hasta el centro de la sala de piso ajedrezado, en casillas ocre y teja. Un gruñido hambriento, feroz, emerge de su panza. La crisis también ha pateado el estómago de Celia. Alcanzo a escucharlo mientras masco chicle. Escupo el chicle en mi mano derecha y lo lanzo, presumida, hacia la taza del café —intento matar el tiempo con estos juegos tontos—. El chicle avanza veloz, atraviesa el humo del cenicero. Cae dentro de la taza. Hago un gesto de fanfarronería frente al espejo —marco caoba, grabados coloniales— de medio cuerpo donde se refleja la sala. Pero mi expresión cambia de repente y los ojos se me van al fondo del espejo.

Me estudio detalladamente, como si fuera una extraña que me causa aprensión. Reparo en mi frente, en las líneas de expresión que de ayer a hoy parecen haber aumentado brutalmente, sin misericordia, en la piel estragada por el sol. Deben ser resultado de este último día, de la ansiedad que está a tope, agitada, bullendo, encaramada sobre el pecho como un íncubo salaz y asqueroso. Pienso todo esto y vacilo.

Siento especial curiosidad por lo que deben pensar los demás cuando los miro y los estudio. Siempre me he preguntado si mirar es como tocar. He intentado descubrirlo varias veces. Lo cierto es que nunca lo he logrado. Advierto los detalles en las pupilas y el iris, las zonas más claras y oscuras, los gestos imperceptibles de un ojo a cierta distancia. Los músculos del cuello se contraen, se tensan como en un calambre.

Una sensación de intranquilidad se aloja debajo de mi pecho, justo en el centro, adentro del tatuaje. Respiro profundo para espantar, para exorcizar, lo que sea que fuere esa presencia. No puedo. Percibo la desfiguración de mi cara. Entonces me detengo y vuelvo a tomar aire.

El fresco olor de los geranios me llega desde el comedor. La voz del Presidente, que gesticula y se expresa con ademanes enérgicos, teatrales, atraviesa el espacio desde la pantalla hasta mis ojos. Al fondo de la imagen, en medio de dos guardias, la bandera tricolor con el ave de rapiña posada sobre el mapa como escudo. Lo insulto mientras me ato el pelo con una cinta delgada y extendiendo un pañuelo bastante largo frente al espejo. La tela del pañuelo es verde y en ella cabalgan cebras en mosaico a través de la sabana. No es el que más me gusta, pero me sienta bien. Lo doblo por la mitad e intento pensar en otra cosa fuera de la realidad mientras realizo cada paso, pero me viene la imagen del tirano.

Odiar al presidente es fácil. Continúa al mando a pesar de que está allí desde antes de que yo naciera. Ya no se ve tan fuerte, pero aún le temen. Ya no aparece tanto en la plaza. Tiene el pelo blanco, los labios gruesos de los hombres que se practican cirugías, y ese gesto en la cara de que va a hacer lo que quiera porque ya lo ha hecho, porque el límite para mantenerse allí, en ese asiento como trono, lo ha borrado desde hace tiempo. Ahora se pasa la mayor parte del día hablando lento, como si hiciera un esfuerzo para articular cada frase, por cadena nacional. Si no es él, es un ministro o un alto mando de las fuerzas militares. Solo pienso que algún día va a acabar, que se va a morir (ojalá en la plaza, colgado, o con la cabeza rodando por los adoquines). Por lo pronto, hoy es mi turno.

Extendiendo la tela. Un cuarto de mi cuerpo se pierde en el espejo bajo el cuadrado. Doblo la tela a lo largo de su diagonal. Coloco el triángulo que se ha formado en la parte posterior de la cabeza como me enseñó mi abuela. Paso las esquinas por la frente y realizo un nudo bien apretado. Doblo uno de los extremos por la mitad y lo escondo del lado derecho. Hago lo mismo con el otro extremo y lo escondo del lado izquierdo. Giro la cabeza un par de veces para comprobar que ha quedado como lo haría mi abuela.

Voy hacia el televisor y lo apago con furia. Me ataca el súbito deseo de escupir la pantalla, de atravesarla con un martillo y ver el chisporroteo. Me domino. Trago saliva. Aún sabe a chicle.

Las sandalias de cuero relumbran cuando me paro sobre un rayo de luz que entra en la sala. Levanto a Celia, le acaricio el lomo y palpo sus costillas. Le digo chao, Celia. Ella entiende.

Me pongo unos lentes oscuros. Voy hacia el cuarto. Agarro una bolsa de debajo de la cama. La dejo caer un poco, dos veces, para comprobar el peso. Salgo hacia la tienda.

A medida que me alejo de la puerta, la bolsa empieza a tallar mis dedos, a marcarlos. La cambio de mano. Una hilera de árboles me protege. Las calles están desoladas, como después de una batida. Bajo por la calle del Cañaveral, atravieso el Túnel Bicentenario. En la esquina, en plena avenida Varela, doblo a la derecha y después agarro derecho por Feijoo.

Uso la mano como visera. Dos palomas —una negra, la otra gris— se enfrentan por un hueso lleno de hormigas que está abandonado sobre el andén. La lucha es circular, larga, cruenta. Observo la violencia con que sacuden sus alas, los sablazos con el pico para ganar, desesperadas, el bocado. Por fin la más gorda y negra, la de pico más mortal, doblega a la gris y devora su trofeo.

Una mierda de perro, grande, húmeda, se atraviesa en mi camino. La esquivo a pocos centímetros dando un pequeño salto hacia la izquierda. Ahora los andenes son un tapiz de mierda. Digo perro, pero podría ser mierda humana o de cualquier animal que aún no se haya extinguido por el hambre. Es posible tropezar con esqueletos o con diversos ejemplares, aún con piel y pelo, aplastados en las calles como trofeos de chalet. Otros, con mejor sabor, fueron exterminados para saciar el hambre.

Ahora me tallan los dedos de la otra mano. Vuelvo a cambiar la bolsa de sitio.

Dos hombres fuman en el andén. Están recostados contra el viejo muro de una casa abandonada. Sus nalgas apoyadas sobre un grafiti fluorescente: un extraterrestre sosteniendo un

perro persa y un gato egipcio que dice, con letras superpuestas y ajenas a las figuras, “El gobierno no creó orden sino sumisión”. El humo flota alrededor de sus caras y después, como succionado por los cañones, baja hasta los viejos kalashnikov que llevan terciados. Debo caminar con atención, tomar precauciones. Cuando paso a su lado, le hacen un barrido a mi cuerpo. Los hombros se me endurecen pero, antes, un temblor los atraviesa. Miran la bolsa. Bajo los lentes, muevo los ojos como un búho. Lo peor sería una requisa, que esculquen la bolsa, porque con ellos no es con quienes se ha acordado el canje. Lo más probable es que roben la bolsa y no haya canje ni haya nada. Pero ninguno salta sobre mí, ni silba, ni grita lo que me hará. No se acercan. Reina el silencio y la densidad. Solo oigo un pito a lo lejos que se pierde rápido y el silbido del viento que baja del cerro. Sin embargo, el silencio está cargado de miradas. Procuro seguir andando segura, pisar bien para no tropezar. Les doy la espalda y sigo mi camino hacia la tienda. Sé que aún me miran. Siento el peso de sus ojos en mi culo, en mi espalda que duele, y sus fusiles apuntándome mientras me alejo.

La calle huele a pólvora. Me rasco la nariz. Aún quedan partes de barricada que echan humo.

La extensa sombra de otra hilera de árboles se desparrama por la calle y me protege. Descansaré del sol por tres cuadras y eso me parece una bendición. Tengo el puño cerrado y está húmedo. La bolsa se me escurre. Me seco el sudor en la falda y soplo suavemente el cuenco de la mano para refrescarlo. También siento los pies húmedos, las yemas deslizándose por entre el cuero. Observo mis uñas sin pintar y muevo los dedos para que entre aire por debajo de las plantas.

Paso frente a una vitrina vacía que está fuera de la tienda. Sigo deprisa. Los hombres que se encuentran en el interior no me oyen entrar. Son tres y están concentrados en un juego de cartas. El sonido áspero de los extractores es un arrullo metálico que los tranquiliza y los mantiene desprevenidos e hipnotizados. De los tres, el más delgado, Kid Chocolate, empuja hacia el centro

de la mesa, con fuerza, todo lo que le queda. «Voy todo», dice con cara de póquer, como si nada. Recorro la tienda. Las existencias sobre las góndolas pueden contarse con los dedos. Una res macilenta, rodeada de moscas, cuelga de un gancho oxidado y renegrido. Exhausta, descargo la bolsa. Un golpe seco se escucha en el lugar. Una nube de polvo se arremolina sobre mis sandalias de cuero. Los hombres, al fin, sacan la vista de la mesa y del suelo. Dirigen sus ojos hacia mí. Manteca asiente. Me seco el sudor que me baja del turbante con el dorso de la mano. Digo:

—Un cuarto de mantequilla, dos panes grandes, media libra de café y un paquete de cigarrillos —es el código.

Pantera me inquiere.

—¿Lo trae?

—¿Qué cree que hay en la bolsa? —respondo con disgusto mientras me miro las cutículas.

Manteca se queda sentado. Kid Chocolate y Pantera dejan cuidadosamente sus cartas en la mesa y se levantan de sus sillas. La sombra de los extractores los corta en pedazos.

No sé por qué usan apodos de boxeadores si no durarían más de un minuto en una pelea. El único poder que tienen estos hombres se los da el arma que cada uno lleva en la cintura.

Kid Chocolate, nervioso por cómo responderán los otros dos a la apuesta, busca entre los estantes mi pedido. Pantera abre la bolsa, se cerciora de que todo esté bien y la lleva hasta la balanza electrónica ubicada al lado de una vieja nevera de gaseosas.

Los extractores giran con esfuerzo, pero el bochorno es aplastante y se sostiene terco en el ambiente.

Kid Chocolate va hacia el fondo del local. Vuelve en menos de un minuto con algo en su mano izquierda. Toma una chocolatina vieja de la vitrina, casi derretida, de seguro chorreada toda al interior de la envoltura, y también la empaca. Mientras hace esto me mira. Tiene una

mirada compasiva y triste. Pone la bolsa al frente y deja caer algo más encima. Desde un lugar que no alcanzo a identificar, empieza a salir un pitido insistente, apremiante, hasta que se detiene.

Desde la mesa, Manteca comienza a decirme lo que me haría. Su imaginación es muy pobre. Si pudiera le cortaría la lengua. Sin embargo, no es momento de sacar chispas, de hacer saltar fuego. Entonces salgo con la bolsa que me ha dado Kid Chocolate.

El cielo está sin nubes, cegador, imposible de mirar sin lentes. El sol golpea de lleno mi cara y su explosión me envuelve, me narcotiza. Una bandada de golondrinas cruza hasta perderse detrás de las montañas. Enciendo un cigarrillo. Seco los arroyitos de sudor que bajan por la frente a pesar del turbante. Doy una calada que se me filtra hasta el cerebro y ahora gravito entre una nube de humo. Expulso una bocanada densa, subliminal, y estudio el humo que sube lentamente acariciando mi rostro. Fumo hasta que la mitad del cigarrillo se consume. Ahora pongo el extremo encendido del cigarro dentro de mi boca, la brasa apagándose en mi lengua, sofocada en la zona donde advertimos lo dulce. Tiene sabor a tierra erosionada, retostada bajo resolanas inclementes, a humo de cañaduzal en medio de la noche, y a dulce lluvia de ceniza que cubre la ciudad. Agolpo todo el tabaco en mi boca, la amargura anudada en mi garganta, y escupo un hilo oscuro, café, malsano. Es más que solo tabaco y saliva.

Es hora. Estoy lista. La vitrina de afuera me devuelve mi figura, los márgenes de mi cuerpo en medio del bochorno, las montañas a mi espalda como un cuadro, las cebras que galopan en mi cabeza... también refleja, como cazadores acercándose, la imagen de unos hombres armados que descienden de una camioneta. Adentro de ella, en el asiento trasero, quedan aún dos personas. Una de ellas tiene la cara cubierta por un paño negro.

Me arrebatan la bolsa.

Preguntan mi nombre.

Callo.

Documento.

No me muevo.

La Jefa me ha advertido que si esto pasaba no debía hacer nada.

Me empujan lejos de la vitrina.

Uno de ellos separa mis piernas. Mete su mano por debajo. Escarba. Limpia, dice.

Los hombres de la tienda salen y les entregan la bolsa que yo les acabo de entregar. Conversan con uno de los hombres y me apuntan con el índice, dibujan figuras en el aire. Desde la tienda uno de los hombres armados hace una señal con la mano.

Movete, dice el otro y mete el cañón entre mis costillas. Con un golpe de la culata me quita los lentes, que caen lejos. Me viene un mareo. Sujeta uno de mis brazos y después, desorientada, se suceden en mi campo de visión tonos de oscuridad. En mis ojos ahora solo hay una mínima evocación de la luz, como una migaja. Me ha cubierto la cara con una capucha negra. Me ha atado las manos por la espalda.

Me arrastra tomándome por la axila. Sé que estamos en medio de la calle. Ahora me empuja por la espalda. Caigo de rodillas contra el pavimento. Una pesada gota de lluvia roza mi frente y se desliza por la nariz. Sé que afuera todo cambia. El sol se ha escondido. Rápidamente, el regusto de luz se disipa. Imagino una gran mancha, una nube cargada que abarca toda la Tierra y oscurece las cebras, la sabana, mi cabeza.

Me levanta y vuelve a arrastrarme. Hago lo posible por caminar y que mis pies no se raspen. Baja mi cabeza con brusquedad, como para que no me golpee contra algo. Subite, puta, dice. Levanto una pierna, luego la otra. Cuando me siento, escucho una voz de mujer a punto de llorar que se aleja. Cada sílaba, a una distancia mayor, dice: «Gracias».

La camioneta vibra en rachas cuando suben los que, imagino, son los mismos hombres que vi reflejados en la vitrina. Sobre la lata del techo cae la lluvia como una ráfaga de balas. Arranca y los neumáticos chillan. La cabeza se me golpea cuando tira hacia atrás. Alguien tira una bolsa entre mis piernas. Aunque tengo la cara cubierta, puedo imaginarme el aspecto de los hombres que acaban de subir, la acidez de su olor los dibuja gordos y sudorosos, con mugre debajo de las uñas.

Fondo del lago

Por la mañana Boris había ayudado a su padre a matar el pavo que la familia —entre indecisiones por el tamaño del animal, no estaban seguros de que sería suficiente para todos— había comprado en el criadero del pueblo para cenar por la noche, a las doce en punto, para celebrar el fin de año Calima.

Por la noche, una procesión avanzaría hasta el lago y regresaría luego, más dispersa, al parque y a las casas a finalizar el festejo, que podía extenderse varios días. Era justo en la mitad de agosto, cuando el viento azotaba con mayor fuerza el brazo de la cordillera donde se asentaba el pueblo. Como cada año, el fin de año Calima coincidía con el estrépito de una fiesta de música electrónica celebrada a orillas del lago durante dos días. Año a año se contaban los ahogados que, en medio del éxtasis, se lanzaban a las aguas negras y heladas del embalse como si fueran ofrendas iluminadas por luces de neón. A lo lejos, de madrugada, era posible escuchar los gritos de excitación, como aullidos de lobos, mezclados con un *beat* turbio que hacía vibrar el agua de la orilla. Terminadas las festividades, los rescatistas recorrían las aguas en busca de cuerpos vestidos de blanco o negro invariablemente, pues ese era el código de vestuario de la fiesta. Aun así, la fiesta nunca había sido prohibida o reubicada en un lugar que representara menores riesgos para los asistentes. Todo en el pueblo era delirio y a nadie, durante esos días, le importaba lo que ocurría más allá del festejo. Los ancianos, que contaban historias sobre la cantidad de oro sumergida en el lago, suficiente para levantar un pueblo entero, aseguraban que no era del todo malo entregarle vidas al agua de vez en cuando.

Boris no se enteró de lo que ocurrió durante las últimas horas de aquel fin de año Calima. Lo último que vio, al caer en la sala a oscuras, fue al pavo girar sobre las llamas.

En la tarde, siete horas antes de la medianoche, se encontraba junto a toda su familia en la sala. El único que faltaba era tío Israel, que encendía la fogata para ahumar la cena. Israel había juntado los trozos de madera —tablas de cama, ramas secas, pedazos de cajas donde se empacaban frutas, troncos caídos— tirados bajo el horno de barro. Apiló todo frente a la casa, a diez pasos del guayacán y a ocho del mandarino. Este cálculo no se daba al azar; era parte de una superstición del fin de año.

La familia de Boris funcionaba como una fábrica de alfileres. Los roles y las tareas estaban claramente definidas, era algo que se heredaba, como un lunar de carne en la espalda, y cada quien se subordinaba a actuar bajo ese orden. El de tío Israel, como ya se vio, era el fuego: se las veía con las estufas, los hornos, el calentador, las fugas de gas, la cabeza rosa de los fósforos y con la necesidad de reducir a cenizas ciertos objetos. Para eso había venido al mundo.

Después de desayunar, su padre lo llamó con un grito desde el colgadero de la ropa. Alguien había retirado las sábanas blancas de los alambres para dejarle todo el campo al lugar de sacrificio.

El padre de Boris hizo ver el sacrificio como algo sencillo y metódico, como un proceso que no encerraba ninguna clase de crueldad. Así es la naturaleza, le dijo. Le indicó también, mientras realizaba cada paso, la anatomía del animal, pero en vez de usar los nombres de las partes, digamos los pulmones o los intestinos, su padre exponía la utilidad gastronómica de los lugares en donde Boris solo veía plumas negras y vetas de piel blanca y agitada.

La primera tarea de Boris fue abrirle el pico. Debía sostenerlo con fuerza para que los tres tragos de vodka se deslizaran sin problema por el gástrico del animal. Darle de beber licor tenía dos finalidades: sazonar la carne y facilitar el degüello. Ningún sacrificio es tan sencillo como cuando la víctima se acerca embriagada a su verdugo, pensó Boris, mientras el pavo cerraba y abría con molestia sus pequeños ojos. Luego su padre lo tomó por el lugar de donde sacaría la

pechuga y lo hizo girar sobre las patas. Lo soltó más o menos en el décimo giro. El pavo intentó dar unos pasos, pero ya la desorientación le había ganado. Cayó de bruces de manera torpe, como si fuera un antílope recién nacido. En medio del tambaleo del pavo, a Boris lo inquietó principalmente la molestia en sus ojos, el parpadeo desesperado. Al caer, el cuerpo del pavo quedó inmóvil, casi tranquilo, como consciente de la imposibilidad de caminar. Los ojos era lo único que demostraba angustia. Cuando el padre de Boris tomó de nuevo al pavo para subirlo al lavadero, el animal intentó huir. La siguiente tarea de Boris consistía en sostenerle por las alas, mientras su padre le extendía el pescuezo y hacía el corte en el punto preciso. Pero las manos de Boris temblaban. El pavo también temblaba. El padre, en cambio, tenía el pulso firme. El animal le había transmitido su temblor, pensó Boris. Tanto, que casi lo dejó escapar. Entonces, furioso, su padre lo apartó de un empujón. Sin ayuda de nadie hizo lo que hacía falta. Con las manos manchadas —Boris creyó que esto era en realidad lo que lo había disgustado— colgó el pavo del alambre. Lo descolgaría cuando hubiese derramado la última gota de sangre. Una vasija de barro estaba dispuesta, justo debajo de la cabeza del pavo, para recibir hasta esa última gota. Sangre, dijo el padre de Boris lanzándole una mirada de fastidio, sangre necesaria para preparar la rellena.

Boris estaba perturbado. Para poder lidiar con la imagen de los ojos del pavo —cerrándose y abriéndose como si les hubiese entrado un grano de arena, con el pálpito emplumado que percibieron sus manos antes de que su padre, visiblemente decepcionado, lo empujara fuerte — fue hacia la cocina a buscar una botella de aguardiente.

El reloj de la cocina, adornado con la silueta de un gallo negro apoyado sobre un indicador de puntos cardinales, daba las diez de la mañana. Al ver la hora un pensamiento ridículo le vino a la cabeza: la muerte del pavo tenía que haber ocurrido entre las 9:57 y las 9:59. Le resultó

singular la incomodidad por no poder precisar la hora exacta, como si en ella se encerrara un asunto de suma importancia, como si ese intervalo encerrara a su vez múltiples posibilidades.

En todo caso, con la botella de aguardiente en la mano, salió a dar un paseo por el condominio. Creyó que la combinación de licor y caminata le despejaría la mente.

Cuando salió de la casa y el sol le dio de frente un hormiguelo le subió por el cuello. Lanzó la palma abierta contra su propio cuello. Imaginó una colonia de hormigas de fuego trepando por él. La palmada fue en vano, pues por el cuello apenas escurría una gota de sudor. Al sentirse ridículo dio un primer trago a la botella. Un pequeño sobresalto le hizo mover los hombros.

Tomó hacia la derecha para subir por el sendero de tierra que conducía hacia el límite del condominio: la pequeña cumbre en donde se hallaba la figura de la virgen sin rostro. Más extraño que la ausencia del rostro, era la configuración del resto de la figura. Los dedos formaban un gesto, una especie de mudra budista. En el centro de lo que debían ser los ojos, como emergiendo de una profundidad temporal, se encontraba un amuleto africano. Los detalles del manto habían sido conseguidos a partir de figuras elementales y trazos rectos y afilados. De ambos hemisferios de la cabeza surgían triángulos cuyos segmentos representaban un tono de negro, y a la altura del pecho unos rombos que parecían elevarse sobre un cielo gris. En la caída de los brazos sobresalían unos rectángulos irregulares con apariencia de lingotes. Al verla desde cierta distancia era posible notar un octágono concéntrico, especie de laberinto indígena, que abarcaba la superficie que iba desde el cuello hasta el vientre y que parecía contener toda la energía de la imagen.

De la misma manera que la virgen sin rostro, el estilo de las casas del condominio no era uniforme. Cada vez que se reunían, el esposo de tía Carola repetía la historia de la compra del lote y de cómo se había construido. Era el tipo de hombre que repetía una historia porque creía que de esa manera estaba reafirmando algún tipo de heroísmo. Pero lo que sucedía, en realidad,

era que la vaciaba de sentido. Sin embargo, al ser el dueño de la casa, nadie lo interrumpía. Tía Carola no decía nada. Era la dueña silenciosa. No le interesaba reafirmar cómo lo habían conseguido. El caso es que el condominio se había construido siguiendo el estilo variado de los dueños y de sus familias. Ninguno había buscado ponerse de acuerdo para dar al conjunto de casas una apariencia más o menos similar. Recorrerlo era como dar saltos bruscos en el tiempo y el espacio.

La primera casa por la que pasó Boris fue la de los masones. Dio un trago. El aguardiente quedó debajo del nivel del cuello de la botella. Nunca, en todas las veces que había pasado por allí, había visto a sus dueños. De niño le había parecido una casa normal, bastante grande, con una chimenea limpia y más alta y bonita que la de casa de tía Carola. De niño jamás pensó que las rejas de esa casa encerraran algún tipo de misticismo, hasta que se lo explicaron entre advertencias, como le explicaron, también de niño, lo inconveniente de invitar a su prima a dormir en la carpa que había recibido como regalo de navidad.

La carpa era azul, pequeña, de poliéster. La instaló en la zona del jardín que tenía menos declives. El rectángulo entre el guayabo y el naranjo. Aquella navidad las lluvias fueron constantes. Era un recuerdo vívido para él pues, en las noches, el agua se filtraba por cada rincón de la carpa. Muchas noches sintió como si durmiera a la intemperie. Debía acurrucarse mucho para calentarse un poco. Le era imposible dormir. Se preocupaba por las goteras y por el charco que se formaba debajo y lo empapaba todo. Aun así, nadie de la familia se opuso a que durmiera fuera de la casa. El propio Boris tampoco quiso dormir dentro. Desde que la desempacó, hasta el fin de las vacaciones, durmió en su refugio azul, solo. Decidió invitar a su prima a pasar una noche para jugar. Los adultos dijeron inmediatamente que no. A su prima, como supo a la mañana siguiente, tampoco le había atraído la idea por el mal olor de la carpa, que no sólo se debía a la humedad de la lluvia. Se trataba del olor de un trofeo, uno de los primeros que le había

entregado su padre. Él le había ordenado guardarlo como un amuleto bajo el saco de dormir. Se trataba de la cola de un ternero, que ahora descansaba todas las noches bajo su cabeza. Su padre lo había premiado por mirar el sacrificio.

Cada noche que, preparándose para dormir, le llegaba el olor, le venía a la mente la mirada final del animal, los ojos negros y brillantes muy abiertos, incluso después de que su padre enterrara el cuchillo. Se movían como la cola de un lagarto o el cuerpo de una serpiente sin cabeza y permanecieron abiertos aun cuando ya la cabeza, separada del cuerpo, se había convertido en otra cosa. En un trofeo.

En esas noches Boris se apresuraba a echar colonia, pero el olor no se iba. Entonces se tapaba la nariz o salía de la carpa. A veces cerraba los ojos. Pero la descomposición avanzaba, y le temía tanto a su padre que no se atrevía a lanzar la cola afuera. Y la mirada del ternero no lo abandonaba aunque mirara hacia el cielo o hacia el agua del lago, o pensara en la virgen sin rostro. Los ojos del ternero se quedaban allí, grabados en la oscuridad.

Ahora, mientras avanzaba por el condominio, volvía a ocurrir. Al pasar por la casa de los masones, había regresado la mirada del pavo. O más bien su parpadeo. Le llegaron flashazos de las membranas, casi transparentes, que intentaban cubrirse del horror. El reflejo instintivo de no mirar a los ojos de la muerte.

Elevó la botella para beber. Un arcoíris se formó entre su boca y el pico.

La siguiente casa estaba inacabada, a medio camino entre lo recién hecho y la ruina. Al frente siempre se encontraban, como si fuera un paisaje perpetuo, montañitas de grava y arena. El segundo piso no tenía techo, por lo que las columnas aparecían desnudas y grises. Boris las miraba y daba tragos a la botella. El aguardiente ya le pasaba suavemente. De cada columna sobresalían cuatro varillas de acero y, ensartado en una de ellas, se alzaba a ver un flotador desinflado, tal vez una ballena. Esta imagen le dio risa.

Continuó por el sendero. A ambos lados crecía un pasto duro. Las hormigas marchaban en sentido contrario. De pura maldad, Boris, acurrucado, les echó un chorrito de aguardiente para ahogarlas. Al sentir el chorro, la hilera se deshizo y todas empezaron a ir en direcciones distintas. Le gustaba observar el caos de las hormigas. A veces, de tanto verlo, sentía que una de las direcciones que tomaban era la de su cuerpo. Entonces le hormigueaba todo. Sentía ronchas, se rascaba, como si el veneno estuviera subiéndole por todas partes. Se le subía una fiebre y se le enrojecía la piel. Solo cuando eso pasaba dejaba de molestarlas.

La que seguía era la casa del narco. Una fortaleza de muros altos y portón de hierro. A su dueño sí lo había visto varias veces, sonriente, de ojos claros y verdes como platos. Usaba una cadena de oro gruesa sobre el pecho lampiño. La casa parecía vacía, por lo que Boris creyó que el narco y su familia ya estarían en el pueblo, entregándose al festejo. Le gustaba eso del narco, esa facilidad para la fiesta, para volcar todas las energías en un solo instante.

Mientras avanzaba en su peregrinación solitaria daba tragos más regulares a la botella. Tuvo fe en que la visión de la virgen sin rostro, operaría una especie de milagro y le haría olvidar el parpadeo del pavo, pues ni la caminata ni el aguardiente estaban funcionando.

Al llegar a la casa del militar su mirada se transformó. Era aburrida, de estilo inglés. La casa de alguien que jamás se entregaba a la fiesta y solo se permitía pequeños sorbos de licor en un sillón cálido y mullido. Boris empezó a ver como si sus ojos estuvieran adheridos a una tela blanca, una especie de gasa quirúrgica que lo nublaba todo. Pensó que ahora su mirada se parecía a la mirada del pavo, pero le pareció demasiado. Se preocupó por ese repentino cambio de visión, pero pensó que podía ser efecto del aguardiente. Bebió más. Aceleró el paso.

Sin detenerse —ahora solo se afanaba por volver a estar frente a la virgen sin rostro—, pasó por el frente de la casa de los negros. Los negros, como eran llamados por su familia, trabajaban en el puerto. El mayor de los hijos era capitán de barco. El menor comercializaba peces exóticos

que él mismo se encargaba de pescar con un arpón de oro que jamás fallaba el blanco. Boris percibió al pasar un olor a dulce requemado. No giró la cabeza para ver los grandes ventanales del segundo piso y los jaguares de mármol que custodiaban la entrada.

La última casa, la casa de los turcos, tenía forma de mezquita. Ahí tampoco Boris volvió su mirada de pavo para admirar el exceso de sus vecinos.

En la última parte del tramo, sus pisadas hicieron resonar con mayor fuerza las piedras del sendero. Se acercó a la virgen con lentitud. Le quedaba poco aguardiente. Tomó un poco y el cuncho lo derramó a los pies de la virgen. Esperó con paciencia a que la fuerza de ese rostro vacío le exorcizara la mirada. Pero pasaron los minutos y Boris continuaba viendo el mundo con vetas blancas. Ahora, como si algo presionara con más fuerza, le dolían los ojos. Pensó arrodillarse pero se convenció de lo ridículo del acto. Prefirió escupir.

Entonces descendió en carrera y regresó a la casa.

Cuando entró en la cocina notó que su padre lo miraba desde el patio. Su familia revoloteaba por la casa. Ninguno le dirigía la palabra. La alarma del pueblo resonó entre el zumbido de las moscas.

El sol ya empezaba a esconderse y el cielo mostraba el naranja intenso que precede a la oscuridad.

En el comedor encontró servido su almuerzo: res asada, garbanzos, arroz y ensalada de tomate con cilantro. Sacó una cerveza. Al terminar de almorzar vio todos los platos amontonados en la cocina.

Abrió el grifo y vio el agua correr y los restos de comida navegar por entre los vasos y los cubiertos.

Quiso respirar aire fresco otra vez. Al salir al patio observó que el pavo ya no se encontraba en el alambre. La vasija de barro tampoco estaba. Tuvo que entrar de nuevo en la casa y buscar un asiento, porque las piernas se le aflojaron. Pero antes buscó otra botella de aguardiente.

De un momento a otro notó, desde su mirada aún extraña, que toda su familia lo había rodeado. Alguien le arrebató la botella. Escuchó gritos, pero su cabeza ya no alcanzaba a descifrar lo que decían. Mientras tío Israel encendía la fogata, en la sala asediada de moscas los demás discutían a gritos. Sin dejar de gritar, y según el rol que le correspondía, tía Giulia se levantó de su silla para buscar el matamoscas rojo con forma de mano abierta. Afuera el sol empezaba a declinar. El calor aún no se iba, persistía en el techo, las paredes y en el suelo. Minutos antes Boris había abierto puertas y ventanas. En el horizonte había alcanzado a ver el lago rodeado por un cordón de bombillitos sin encender. Varias manos apuntaron hacia él y no supo cuánto duraba el escándalo. Cuando el naranja desapareció del cielo y se hizo de noche, todos se levantaron, menos él, y salieron de la casa. Nadie se preocupó por dejarle una luz encendida. Formaron un círculo alrededor de la fogata. Desde el asiento que lo retenía, Boris contempló el tendido de bombillitos que rodeaban al lago y se encendían a esa hora.

El pavo reapareció ensartado en un palo viejo, cargado en hombros por su padre y uno de sus tíos. Tío Israel invitó a su sobrino borracho a acercarse. Boris quiso ir hacia allá pero le costaba caminar y mantener los ojos abiertos. Con gran esfuerzo logró levantarse, apoyándose en los descansabrazos de la silla. La borrachera lo hizo caer al tercer paso. Imaginó cosas ya en el suelo, antes de cerrar definitivamente los ojos. Creyó que le crecían alas, unas alas inútiles como sus piernas en ese momento. Lo último que vio Boris fue al pavo, ya sin ojos, girar sobre el fuego.

III. Referencias

- Alzate, C. (2017). *Humaredas en Sopinga*. Pereira: La cola de rata. Recuperado de <https://www.lacoladerata.co/cultura/relatos/humaredas-en-sopinga/>
- Badinter, E. (1993). *XY, La identidad masculina*. Madrid: Alianza Editorial.
- Bourdieu, P. (2000). *La dominación masculina*. Barcelona: Anagrama.
- Fania Records. (8 de enero de 2015). *Ruben Blades & Willie Colon – Plantación Adentro* [Archivo de video]. Youtube. Recuperado de <https://www.youtube.com/watch?v=oCGVR8UG19w>
- Goicochea, A. (2018). Las huellas de una generación y el modo gótico en la obra de Mariana Enríquez. *Revista Lindes, volumen* (N°15). Recuperado de http://www.revistalindes.com.ar/contenido/numero15/nro15_art_GOICOCHEA.pdf
- Schweblin, S. (2017). *Pájaros en la boca y otros cuentos*. Bogotá: Penguin Random House.